



Arzobispado de Valencia
DELEGACIÓN DIOCESANA DE LA
PASTORAL DE ENFERMOS Y MAYORES

Pascua del enfermo 2025

Subsidio litúrgico

En el Domingo VI de Pascua.

Este subsidio se puede utilizar también, con las debidas adaptaciones, en cualquier otro día.

I.- RITOS INICIALES

Monición de entrada

El sacerdote celebrante, después de signarse y saludar al pueblo, dice la siguiente introducción al acto penitencial:

Queridos hermanos:

Celebramos hoy la Pascua del Enfermo, en este Año Jubilar 2025, en el que la Iglesia nos invita a hacernos “peregrinos de esperanza”. En esto nos acompaña la Palabra de Dios que, por medio de san Pablo, nos da un gran mensaje de aliento: «En esperanza fuimos salvados» (Rm 8,24).

La resurrección de Cristo nos trae la alegría de la esperanza en nuestra propia resurrección, del triunfo de la vida sobre la muerte, del amor sobre el sufrimiento. Así pues, pediremos en esta celebración por todos nuestros hermanos enfermos y los que los cuidan, para que, fortalecidos por el amor de Dios y la esperanza de la vida eterna, sean aliviados de sus tristezas y dolores.

Llenos de gozo, comenzamos esta celebración pidiendo perdón al Señor por todos nuestros pecados y, especialmente, por todas las veces que nosotros mismos no hemos acompañado con ternura y esperanza a nuestros hermanos enfermos.

(Silencio)

Tú, que has destruido el pecado y la muerte con tu resurrección: Señor, ten piedad.

℟. Señor, ten piedad.

Tú, que has vencido el sufrimiento y la tristeza con tu resurrección: Cristo ten piedad.

℟. Cristo, ten piedad.

Tú, que das la alegría a los vivos y la vida a los muertos con tu resurrección: Señor, ten piedad.

℟. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

(En el domingo se recita o canta el “Gloria”).

Oración colecta

En el domingo VI de Pascua:

Dios todopoderoso,
concédenos continuar celebrando con fervor sincero
estos días de alegría
en honor del Señor resucitado,
para que manifestemos siempre en las obras
lo que repasamos en el recuerdo.
Por nuestro Señor Jesucristo.

En otro día de la semana, se puede utilizar la del día o bien la de la Misa “Por los enfermos”, cf.: Misal Romano, n. 374:

Oh Dios,
tú quisiste que tu Hijo unigénito
soportara nuestras debilidades
para manifestar el valor de la enfermedad y la paciencia humana;
escucha benévolo nuestras plegarias por los hermanos enfermos,
y concede a cuantos se hallan sometidos al dolor,
la aflicción o la enfermedad,
la gracia de sentirse elegidos
entre aquellos que tu Hijo ha llamado dichosos,
y de saberse unidos a Cristo en su pasión
para la redención del mundo.
Por nuestro Señor Jesucristo.

II.- LITURGIA DE LA PALABRA

Lecturas

En el VI Domingo de Pascua, ciclo C, solemnidad:

Hch 15,1-2.22-29: Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables.

Sal 66,2-3.5.6.8: Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben.

Ap 21,10-14.22-23: Me mostró la ciudad santa que descendía del cielo.

Jn 14,23-29: El Espíritu Santo os irá recordando todo lo que os he dicho.

Ideas para la homilía

En el domingo 25 de mayo.

Las ideas que siguen pueden también servir para la celebración en cualquier otro día.

Queridos hermanos:

Celebramos hoy la Pascua del Enfermo, en este Año Jubilar 2025, en el que la Iglesia nos invita a hacernos “peregrinos de esperanza”, y en este marco estamos celebrando en este día la Pascua del Enfermo, llenos de la esperanza y la alegría pascual, como bien dice el lema de esta jornada: «En esperanza fuimos salvados» (Rm 8,24).

Cuando nos sentimos gravemente enfermos y el dolor hace mella en nuestros cuerpos; cuando, además de nuestro sufrimiento, vemos sufrir a quienes nos quieren y que, aun estando a nuestro lado, se sienten impotentes por no poder ayudarnos; cuando la cercanía de la muerte se aparece ante nuestros ojos y oscurece nuestro porvenir,... es cuando más necesitamos la ayuda de Dios y la fuerza de su gracia, para poder encontrar la fortaleza suficiente para aceptar la realidad del dolor y poder robustecer nuestra confianza en Dios.

Bien sabemos que el Señor, a lo largo de su vida pública, no sólo se acercó y curó a muchos enfermos, sino que, además, aceptó nuestros sufrimientos e hizo suyos nuestros dolores. Quiso incluso morir por nosotros en la Cruz para experimentar nuestro natural temor ante la muerte.

Así, por este encuentro de Jesús con los enfermos, la enfermedad se convierte en una ocasión propicia para nuestro encuentro íntimo y profundo con Jesús y sus sufrimientos, que puede transformar nuestro modo de vivir y sentir la enfermedad. Únicamente en este encuentro personal con Cristo, que nos hace más fuertes en nuestra debilidad, podemos encontrar la fuerza que nos permite soportar el dolor y el sufrimiento y que nos hace más conscientes de que no estamos solos. La enfermedad puede llegar a convertirse, de este modo, en un misterio de salvación, porque nos hace experimentar el consuelo que viene de Dios de una forma muy cercana y real, descansando en sus eternas promesas.

Del mismo modo que la vida de Jesús no terminó en la muerte, sino que ésta fue vencida en su gloriosa resurrección, así tampoco nuestra vida termina en la muerte, pues en la resurrección de Cristo se nos ha abierto un horizonte de esperanza: la certeza de la Vida Eterna, que se fundamenta en su amor infinito por todos nosotros.

Sólo en la resurrección de Cristo nuestros destinos encuentran su lugar en el horizonte infinito de la eternidad. Sólo de su Pascua nos viene la certeza de que nada, «ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios» (Rm 8,38-39). Y de esta gran esperanza nos alimentamos para poder superar las pruebas y los sufrimientos de la vida. El amor de Dios es más fuerte que la muerte. Y, como bien nos recuerda san Juan, el discípulo amado, Dios es amor.

En ese amor, Cristo no sólo ha compartido los sufrimientos de los enfermos, sino que, porque vive, está cerca de nosotros y nos llama a todos a compartir la vida de nuestros hermanos y a infundirles la esperanza que no defrauda.

Pero, también es cierto, que cuando nos sentimos enfermos, o cuando cuidamos a nuestros enfermos, descubrimos que no siempre es fácil mantener la luz de la esperanza, pues las enfermedades, el sufrimiento y la cercanía de la muerte, nos recuerdan nuestra natural fragilidad. De ahí que sea tan importante que todos seamos mensajeros y testigos de la resurrección de Cristo, pues estamos salvados en esperanza. Cuando visitamos, acompañamos y cuidamos a los enfermos, les mostramos también ese amor de Dios que hace crecer la esperanza en su corazón.

Como nos decía el Papa Francisco en la Bula de Convocación del Jubileo: «La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, “la vida no termina, sino que se transforma” para siempre».

Esta certeza da sentido a toda nuestra vida e ilumina nuestros momentos de oscuridad. Nuestros enfermos necesitan esa luz y la alegría de Cristo resucitado, vencedor de la tristeza, del sufrimiento y de la muerte. Necesitan que les ayudemos a elevar su mirada desde este mundo a esa nueva vida a la que Cristo nos invita. Nosotros somos peregrinos y mensajeros de la esperanza.

Que María, nuestra madre, salud de los enfermos, nos ayude a todos nosotros en nuestra misión de llevar la esperanza a cuantos sufren.

III.- ORACIÓN DE LOS FIELES

Sacerdote:

Elevamos nuestra oración a Dios Padre, de quien procede todo consuelo, recordando a cuantos padecen cualquier forma de enfermedad y sufrimiento que somos «Peregrinos de esperanza».

Lector:

- Por la Iglesia: para que, asumiendo su vocación maternal, acoja en su seno a todos los que se sienten solos y tristes, haciendo así presente el consuelo y la alegría pascual de Cristo, en medio de la enfermedad y el dolor. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por nuestras autoridades: para que dediquen todos los esfuerzos que sean necesarios para cuidar a nuestros enfermos y ancianos, respetando la dignidad infinita de la vida humana desde su inicio hasta su fin natural. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por nuestros hermanos enfermos, que experimentan la angustia de la tristeza y el sufrimiento: para que se sientan alegrados y consolados por todos los que cuidamos. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por las familias de los enfermos: para que cuiden y acompañen con amor y dedicación a sus seres queridos, siendo sostenidos por la esperanza de la resurrección de Cristo. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por los profesionales, capellanes, religiosos y voluntarios, consagrados al servicio de los enfermos: para que se sientan elegidos y enviados por Cristo para dar en ellos fruto para la vida eterna. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

- Por todos nosotros: para que, compartiendo los sufrimientos de nuestros hermanos, les llevemos la alegría pascual de Cristo resucitado. Roguemos al Señor.

℟. Te rogamos, óyenos.

Sacerdote:

Escucha, Padre, nuestra oración y danos un corazón compasivo y misericordioso como el de Cristo, para que estemos siempre atentos a las necesidades materiales y espirituales de nuestros hermanos que sufren y así los cuidemos y acompañemos en la alegría y el amor que Él nos trajo. Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén.

IV.- LITURGIA EUCARÍSTICA

Oración sobre las ofrendas

En el domingo VI de Pascua:

Suban hasta ti, Señor, nuestras súplicas
con la ofrenda del sacrificio,
para que, purificados por tu bondad,
nos preparemos para el sacramento de tu inmenso amor.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

En otro día de la semana, se puede utilizar la del día o bien la de la Misa “Por los enfermos”:

Oh Dios,
bajo cuya providencia transcurre cada instante de la vida,
recibe las súplicas y oblaciones que te ofrecemos
implorando tu misericordia a favor de los hermanos enfermos,
y así, quienes tememos por su enfermedad,
nos alegremos de su salud.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

V.- RITOS DE CONCLUSIÓN Y DESPEDIDA DE LA ASAMBLEA

Oración después de la comunión

En el domingo VI de Pascua:

Dios todopoderoso y eterno,
que en la resurrección de Jesucristo
nos has renovado para la vida eterna,
multiplica en nosotros los frutos del Misterio pascual
e infunde en nuestros corazones
la fortaleza del alimento de salvación.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

En otro día de la semana, se puede utilizar la del día o bien la de la Misa “Por los enfermos”:

Oh Dios,
singular protector en la enfermedad humana,
muestra el poder de tu auxilio con tus siervos enfermos,
para que, aliviados con el auxilio de tu misericordia,
merezcan presentarse sanos en tu santa Iglesia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición solemne

El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

Dios, que por la resurrección de su Unigénito os ha redimido y adoptado como hijos, os llene de alegría con sus bendiciones.

R. Amén.

Y ya que por la redención de Cristo recibisteis el don de la libertad verdadera por su bondad recibáis también la herencia eterna.

R. Amén.

Y, pues confesando la fe habéis resucitado con Cristo en el bautismo, por vuestras buenas obras merezcáis ser admitidos en la patria del cielo.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo **✠**, y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.

R. Amén.

Con el pensamiento puesto en nuestros enfermos y familiares, elevamos ahora nuestra mirada hacia María, Madre de Dios y Madre nuestra, Salud de los Enfermos. Para ella es ahora nuestro afecto y nuestra invocación. Que al separarnos permanezcamos unidos en el mismo amor que ella nos tiene y que refleja el amor eterno de Dios. Id en paz y anunciad a todos la alegría de la resurrección del Señor, que es nuestra fortaleza.

Podéis ir en paz. Aleluya.

R. Demos gracias a Dios. Aleluya.

Canto del Regina Caeli u otro canto a la Virgen.